

# Reflexiones

Por Partiquino



del 5/1979



## Las dos caras del teatro

■ AUN NO HE tenido la oportunidad de ver "El diluvio que viene", la obra que con gran éxito se está representando en el Teatro Las Vegas, pero por lo que he escuchado a amigos que la han visto y por lo que he leído en las críticas especializadas, deduzco que se trata de un espectáculo cuya principal atracción radica en la escenografía, los trucos escénicos que se emplean, la aparatosisidad del montaje.

Esto me trae a la memoria el recuerdo de lo que me dijo alguna vez, en los Estados Unidos, un profesor de literatura dramática norteamericana que seguía con indismulado desencanto el desarrollo del arte escénico en su país. "Dentro de poco —me decía el profesor mientras chupeteaba su infaltable pipa— al término de la función, el público dará las espaldas a los actores y volviéndose en dirección al lugar donde está ubicada la caseta de iluminación y de efectos especiales, le dedicará sus aplausos a los técnicos que serán las verdaderas estrellas del espectáculo".

Cuando emergió el cine como elemento de entretención masivo, de inmediato se habló de la muerte del teatro. Para los agoreros, era imposible que la representación teatral compitiera con la espectacularidad que ofrecía el cine, la posibilidad que él tenía de presentar los más variados lugares de acción y, todavía, de verdad, y no de cartón piedra. En un primer momento, pareció que los funestos pronósticos para el teatro se cumplirían, pero luego el arte escénico reaccionó en dos formas diferentes. La primera, fue subrayar lo que parecía su gran limitación. Se fue despojando paulatinamente de una escenografía que tuviera algún viso de realismo y principiaron a utilizarse los escenarios cada vez más desnudos. La palabra del dramaturgo y la presencia del actor se enfrentaron al público, desprovistos

de todo otro aditamento, obligando al espectador a usar de su imaginación, a tomar una parte activa en la representación que ya dejaba de lado su pretensión de mostrar "una tajada de vida", para convertirse en lo que efectivamente es el teatro: un juego escénico.

La segunda reacción consistió en afinar los efectos espectaculares que pudieran realizarse en el teatro. Se usaron escenarios giratorios, se idearon tableros de luces electrónicas y la técnica erigió un juguete espléndido para la diversión de los adultos. El teatro principió a tener la atracción de un gran juego de prestidigitación en que cualquiera cosa podía ocurrir, de acuerdo a la destreza de quienes lo manejaban. Se aplaudía esa destreza y esa técnica y esa aparatosisidad, como en el otro tipo de teatro se aplaudían el talento interpretativo, las ideas del autor, o la poesía que se desprendía de la conjunción de un texto y su simple montaje.

Son dos formas de teatro diferentes que cada día se distancian más. En los Estados Unidos ya hay dos palabras diferentes para identificarlos. El uno es el "teatro legítimo", el otro es "la comedia musical" y si hay veces en que ambas formas de hacer teatro se han acercado y parecen amalgamarse, como sucedió en "West Side Story" o en "My Fair Lady", lo normal es que cada una de esas formas tengan objetivos, procedimientos y técnicas diferentes.

Hay veces que, entre nosotros, los críticos teatrales se enredan un poco. A comedias musicales como "El Diluvio que viene" se les piden ideas, interpretación afinada, consecuencia de personajes, poesía y a obras de teatro legítimo espectacularidad o destreza técnica.

Y eso es injusto. Ya sabemos que no se le pueden pedir peras al olmo.